

Historia de mi vida

Transcurrieron ya 73 años de mi nacimiento, el día 28 de abril de 1938, en una antigua casona del Barrio Villa Rosas de esta ciudad.

Fueron mis padres Artemio Meloni y Guillermo Barbieri, también nacidos en Rafaela. Soy soltero y comparto el domicilio con mi hermano Rogelio y parte de su familia; también tengo una hermana que se llama Amalia y reside en la ciudad de Santa Fe.

Residí en mi barrio natal hasta el mes de abril del año 1949, con un intervalo en el año 1943, durante el cual vivimos en un campo del Presidente Roca, localidad aledaña a esta ciudad, y luego debido a que regresamos antes de lo previsto, vivimos varios días en el Barrio Villa Podio, para retornar a la casa en que nací, que fue propiedad de mis abuelos paternos y luego de mis padres.

En el año 1946 comencé mis estudios primarios en la escuela Villa Rosas, en esa época el mínimo reglamentario para el ingreso era de 7 años de edad, pero yo lo hice con casi 8, por problemas de salud, y por esa razón compartí las aulas con mi hermano durante cinco períodos lectivos.

De esa época de mi vida tengo muchos recuerdos de diverso tenor y rescato una parte de ellos para este trabajo.

El día 1° de enero de 1946, cuando tenía 7 años, conocí en la estación del F.C. Central Argentino al entonces Coronel Juan Domingo Perón, en el marco de su gira proselitista; descendió del tren, con algunos integrantes de su comitiva -Evita no lo hizo- y se dirigió a un palco para hablar ante sus seguidores.

Durante su arenga se cortó la energía eléctrica, por lo cual quedó sin micrófono, pero como era un gran orador y tenía una voz estridente, continuó el discurso a capella y nunca se comprobó, si ese hecho se debió a un desperfecto o a un sabotaje. Mi madre nos había llevado con mi hermano a ese acto; por supuesto yo no entendía nada de política, pero sí sabía que Perón era candidato a Presidente de nuestro país.

No recuerdo con exactitud el año, pero estimo que fue en 1947, cuando se produjo un hecho muy lamentable, pues una manga de langostas invadió a esta región y con su voracidad insaciable, causó una depredación impresionante.

Aproximadamente en esa época, conocí a una adolescente, ciega desde su nacimiento; su padre era verdulero ambulante, pero ella y su madre también vendían las mismas mercaderías en su domicilio, el que no era otra cosa que un galpón, perteneciente a una vivienda que estaba a dos cuadras de mi casa natal y que alguna vez perteneció a mis abuelos paternos, pero que en ese momento, era propiedad de otra familia.

Lo que quiero resaltar, es que esa señorita no vidente, tenía una habilidad extraordinaria para distinguir el valor de las monedas al tacto (no recuerdo si también podía hacerlo con los billetes) y dar los vueltos sin equivocarse. Lo cierto es que cuando iba a comprar, por encargo de mi madre, quedaba maravillado de la destreza con la que ella se desenvolvía, a pesar de esa limitación que sobrellevaba con gran entereza.

Las otras vivencias tuvieron un matiz más positivo y si se quiere un toque didáctico, de acuerdo al nivel de vida de ese entonces. En una ocasión la maestra nos llevó a ver de cerca a un pequeño avión que aterrizó en un campo cercano a la escuela; para nosotros fue un acontecimiento importante, pues en ese tiempo, no se veían aviones todos los días y mucho menos se paseaba bajo sus alas. También conocí un helicóptero y me detuve a la sombra de su hélice, para contemplarlo cuando estaba posado, en un improvisado helipuerto situado en un terreno del actual Barrio Sarmiento. Estimo que no había muchos de esos aparatos en nuestro país a fines de década de 1940 y fue traído a la ciudad por personal especializado, para utilizarlo en la lucha contra la langosta.

Por ese entonces todavía pasaban por nuestra ciudad las carretas de los vendedores de arrope (dulce de tunas) y otras artesanías, las que creo provenían de las Pcia. de Córdoba o Santiago del Estero. Las mismas eran similares a las que fueran el primer medio de transporte de nuestro país, pero en este caso no eran tirados por bueyes, sino por mulas y algunos caballos.

Luego emigramos, por decirlo de alguna manera, al Barrio Central Córdoba, donde comenzó otra etapa de mi vida y en el que resido desde hace 62 años.

Llegamos a nuestra nueva residencia en el mes de abril del año 1949 y a los pocos días cumplí los 11 años de edad. Durante ese año, mis padres pudieron comprar un aparato de radio usado, que aún conservo como recuerdo porque ya no funciona. Este fue para nosotros un avance extraordinario, pues podíamos estar más y mejor informados, escuchar música, eventos deportivos y los clásicos radio teatros.

Con el tiempo, dando siempre los pasos en forma mesurada y acorde a las posibilidades económicas, fuimos incorporando al hogar, el bombeador (no había agua corriente), el lavarropas, la cocina a gas de querosene, la heladera a hielo (luego la eléctrica) y por último, cuando fue posible, el televisor.

En aquella época, había muchos terrenos baldíos, en el barrio, lo cual nos permitía desarrollar nuestros juegos sin mayores problemas. Algunos requerían poco espacio, como el de las bolitas o la ainenti, por ejemplo, pero también teníamos una canchita para jugar a la pelota y a las bochas, por supuesto que las mismas eran muy precarias. En otro terreno había una pista donde hacíamos carreras con autitos de alumnino, aunque también los había de madera de fabricación artesanal casera, en ambos casos tenían suspensión de alambre de acero y eran impulsados a mano por los participantes. Los mismos eran del tipo turismo de carretera (cupecitas) o de la fórmula uno de entonces, porque tratábamos de emular a los célebres hermanos Galvez, a Juan Manuel Fangio y al propio Domingo (Toscanito) Marimón, el que a diferencia de los anteriores, nunca fue campeón, pero sí ganó el Gran Premio de América del Sur, corrida entre Buenos Aires y Caracas (Venezuela).

El citado “autódromo” estaba emplazado en la parte interna de un improvisado velódromo, por llamarlo de alguna manera, en el que corrían carreras de bicicleta muchachos mayores que nosotros.

Debido al cambio de domicilio, mi hermano y yo pasamos a la Escuela Mariano Moreno, a la que más tarde se incorporó nuestra hermana.

De ese pasaje, recuerdo muy especialmente a la Sra. Lina de Baroni, maestra de Música, que nos enseño a cantar algunos tangos y milongas, entre ellos “El aguacero”, de José y Cátulo Castillo, y “Guitarra, guitarra mía”, de Gardel y Le Pera.

Luego de un examen, de una materia que no había aprobado, repetí 4° grado; más tarde nos enteramos que el mismo estaba viciado de nulidad, pues me lo había tomado una sola docente cuando debían ser dos por lo menos, pero mis padres no efectuaron ningún reclamo y me trasladaron al igual que a mis hermanos a la escuela Juan B. Alberdi, decisión que para mí a la postre fue un gran acierto.

En el mes de marzo del año 1951, ya próximo a cumplir 13 años de edad, llegué a la escuela Alberdi, era su directora la Sra. Antonia Facino de Borzone, a la que le sucedieron

la Sra. Nélida Depetris de Henn (interina) y la Sta. Magdalena Bruno. Por distintos motivos, tuve 5 maestros de grado durante ese periplo que duró 3 años y fue el más hermoso de mi vida como estudiante.

Las mismas fueron las Sra. Luisa Sexer de Salzman, por pocos días, luego la Sra. Palmira Reale de Arcos, tras su jubilación llegó la Sra. María del C. de Belluni y por último las Sras. Aída G.de Rossi y la nombrada Sra. de Henn.

Al finalizar 5° grado, en el año 1952, obtuve el primer premio en un concurso de trabajos (composición, como se decía en ese entonces) que tenía como tema el Plan Económico Nacional implementado por el gobierno que presidía el Gral. Perón. Si mal no recuerdo participaron en el mismo los alumnos de 5° y 6° grado (6° y 7° actuales) de todas las escuelas de la ciudad y el premio otorgado consistió en bonos de la Caja de Ahorro Postal y un banderín de paño alegórico al tema tratado.

En 6° grado fui abanderado de la escuela, honor que compartí con mis compañeras Nelly Vignolo y Marta Faletti; este fue uno de los momentos más emotivos e inolvidables de mi vida.

Como anécdota quiero agregar que en ese año, 1953, fue el último en que se dieron clases a nivel primario, en la Provincia de Santa Fe, todos los días sábado (en ambos turnos).

A partir del año siguiente, comencé el ciclo secundario en el entonces Colegio Nacional, donde terminé tercer año y debí abandonar los estudios, por razones económicas.

En esa instancia, algunos de mis profesores fueron: Sra. Julia M. de Soldano (Geografía), Sra. Beatriz Zóboli (Matemáticas), Dr. Walter Amongero (Historia) y Sr. Ricardo Merlo (Dibujo).

En el año 1957 y por ese lapso solamente, trabajé en la Casa Tobías Colombo, comercio muy importante por entonces, que contaba con secciones librería, papelería, música y deportes y en algunos de esos rubros también era mayorista; yo me desempeñé como cobrador, metier en el que conocí a muchas personas de diversos niveles sociales y culturales.

Durante el año 1958 y hasta marzo de 1959, cumplí con el Servicio Militar en el Regimiento 12 de Infantería Gral. Arenales, en la ciudad de Santa Fe.

De lo que viví durante ese año, quiero traer a colación una anécdota, que tiene que ver con la negligencia de un Sub Oficial, quien estando de servicio, cometió una falta inconcebible. Era el día 9 de Julio, el que se presentó prácticamente primaveral y el Regimiento fue a desfilar por la celebración del aniversario de la Independencia, quedando de guardia los soldados necesarios, entre los que me contaba y creo que tres suboficiales, uno en cada puesto.

Al llegar el mediodía, cuando estaba haciendo unos trabajos en la oficina, en el acceso principal del cuartel, el suboficial de marras, que era el Jefe de Guardia durante esa jornada, me comunicó que iba a almorzar al casino y ante cualquier novedad, lo llame al teléfono interno; por lo tanto, quedé en su lugar durante una hora aproximadamente, aunque sin sus atribuciones, pero muy preocupado por su actitud. Afortunadamente, todo transcurrió con normalidad (pero no puedo olvidar el susto y la indignación).

Al salir de baja comencé a trabajar con mi padre que era albañil y mi hermano, en esta ciudad y también en la zona rural y poblaciones de la región. Me jubilé en ese oficio a los 65 años de edad y 44 de servicio.

En el año 1971, por mediación de algunos amigos, me hice socio de la Sociedad Suiza de S. M. La Unión, de esta ciudad, pero por razones laborales, comencé a concurrir asiduamente a su sede social cuatro años más tarde, desempeñándome como Secretario de la Sub Comisión de Bochas.

En el mes de setiembre de 1976, asumí como tesorero, con el nuevo Consejo Directivo, cargo que ejercí durante 13 años consecutivos y luego fui presidente por dos períodos, o sea 4 años.

Siendo aún tesorero, representé a la institución en la asamblea del día 29 de junio de 1984 en la cual se fundó la Federación Santafesina de Entidades Mutuales Brigadier Gral. Estanislao López. Integré su Consejo Directivo Fundador y por esa circunstancia al cumplir esa entidad sus bodas de plata, me entregaron con otros tres compañeros de aquel evento, una placa recordatoria.

Durante mi presidencia, la Sociedad Suiza cumplió el centenario de su fundación, hecho acaecido el 31 de agosto de 1990, y que para mí supuso una gran responsabilidad, a la vez que un hermoso privilegio, por lo que significaba una celebración de tamaña trascendencia, acontecimiento que a esta altura de mi vida, sigue siendo un motivo de

orgullo por cuanto no provengo de esa colectividad, sino de la italiana por ambas ramas del árbol genealógico de mi familia, de acuerdo al origen de mis ancestros.

Con motivo de cumplir nuestra ciudad en el año 2006 los 125 años de su formación, el entonces Diputado Provincial Sr. Roberto Mirabella, presentó una iniciativa para realizar un homenaje, a sus forjadores, hombres y mujeres que, a través de todos esos años de trabajo, hicieron posible su grandeza.

La propuesta tuvo eco favorable y el gobierno municipal invitó a todas las instituciones de la ciudad, a participar de ese homenaje, quedando a cargo de sus dirigentes la tarea de elegir los nombres de las personas que pasaron por ellas o estaban en ese momento y que, a su juicio, merecían ese reconocimiento.

La Sociedad Suiza me propuso, con otros dos ex – presidentes, para recibir ese homenaje; uno de ellos el fundador de la entidad, fallecido hace muchos años y el otro, quien ejerciera el cargo durante la década de 1970, y que falleció poco tiempo después de recibir esa distinción.

El haber sido considerado uno de los forjadores de la ciudad, junto a otras 472 personas, cuya nómina, como es lógico, encabezó el formador de Rafaela –el inmigrante suizo Guillermo Lehmann- todos presentados por 107 entidades locales, es para mí un halago de magnitud invaluable. Como recuerdo de ese evento, nos entregaron un libro y un dvd alusivos, durante el acto realizado a tal fin, a algunos personalmente como en mi caso y a otros a través de familiares y/o descendientes, que no pudieron concurrir o ya habían partido a la Casa de Dios.

Para abrochar esta evocación, quiero agregar que soy un empedernido lector, desde el momento en que estuve en condición de hacerlo y he leído a lo largo de mi vida, además de los libros necesarios para mis estudios, desde el Martín Fierro, pasando por novelas de Julio Verne, policiales del lejano oeste, diarios, revistas y en los últimos tiempos, libros de Isabel Allende y de Gabriel García Márquez, como Cien años de soledad, entre muchos otros. Esta costumbre, que para mí, es un buen pasatiempo, me ayudó mucho en diversas instancias de mi vida.

Este es un relato sintetizado de la historia de mi vida, entrelazado con anécdotas, vivencias y recuerdos recopilados de mi memoria.

Reinaldo Pablo Meloni